

carabina, su espada, sable, puñal y pistolas. Ninguno de los criados echó mano de ellas, y uno le preguntó cuáles quería que le bajase : ninguna, respondió, y bien fuese por voto, ó por otro motivo, lo cierto es que siempre quedó desarmado á la cabeza de aquella especie de guarnicion.

Al mismo tiempo dió ocupacion á las mujeres y otros criados, poniendo á su cargo el preparar el alojamiento en el castillo para cuantas personas cupiesen en él, disponiendo colchones y tablados en las salas convertidas en dormitorios. Dió asimismo órdenes de reunir provisiones para la manutencion de los huéspedes que Dios les enviase, y que efectivamente se aumentaban todos los dias. Él entretanto estaba en continuo movimiento dentro y fuera del castillo, arriba, abajo, y por el valle, ocupándose en establecer, reforzar y visitar los puestos, en ver y dejarse ver, y en ponerlo todo en orden con la vista, las palabras, y su presencia. Así dentro de casa, como en el camino, acogia con tanto agrado á cuantos se le presentaban, que todos le miraban extáticos, olvidando un momento los motivos que les obligaban á buscar aquel refugio, y se volvian á mirarle, cuando separándose de ellos proseguia su camino.

CAPÍTULO XXX

Aunque la mayor concurrencia no venía del lado por el cual se acercaban nuestros fugitivos, sin embargo, en la segunda mitad del camino principiaron á encontrar compañeros de viaje y de desgracia que, saliendo de sendas y atajos, entraban en el camino principal. En semejantes casos todos los que se encuentran se hacen conocidos. Cada vez que el carro encontraba algun viajero, se entablaba una conferencia de

preguntas y respuestas recíprocas. Unos habian escapado como los nuestros, sin aguardar la llegada de los soldados; otros habian oido las cajas y los tímboles, y otros los habian visto, y los pintaban con los colores que les sugeria su atemorizada imaginacion.

— Por fin no somos tan desgraciados, — decian las dos mujeres. — Demos gracias á Dios : aunque se pierda algo, al ménos estamos fuera de riesgo.

Pero D. Abundo no juzgaba que hubiese tantos motivos para cantar victoria : por el contrario, aquella concurrencia empezaba á dar márgen á sus cavilaciones.

— ¡ Me parece que lo erramos ! — decia entre dientes á las mujeres, cuando nadie habia delante. — ¡ Lo erramos sin duda ! ¿ No os hacéis cargo de que reuniéndose tanta gente en un punto, equivale á llamar allí los soldados ? Todos ocultan, todos se llevan cosas, y como nada queda en las casas, se figuran que aquí hay el oro y el moro. Me parece que no nos escapamos. ¡ Dios mio ! ¡ en dónde me he metido !

— ¿ Cómo han de venir aquí ? — decia Perpétua : — tienen que seguir su camino, y luégo yo he oido siempre decir qué en los riesgos es mejor ser mucha gente.

— Mucha gente, — replicó D. Abundo. — ¡ Pobre tonta ! ¿ No sabes que cada Lanziquenesco se come ciento de estos infelices ? Y dado caso que quisiesen hacer la locura de resistirse, es en verdad cosa muy agradable hallarse en una batalla... ¡ Desgraciado de mí ! Méno mal hubiera sido marcharnos á la sierra. No es mala extravagancia querer ir todos á un mismo paraje... ¡ Imprudentes ! — decia en voz baja. — ¡ Todos aquí !... ¡ unos tras de otros, lo mismo que carneros !...

— Segun eso, — interrumpió Ines, — ellos tambien podrian decir lo mismo de nosotros.

— Ea, callad, — dijo D. Abundo : — callad, que de nada sirven las bachillerías. Ya no hay remedio ; ya lo hemos hecho, y tenemos que aguantar. Será lo que Dios fuere servido.

Pero fué mucho peor, cuando al entrar en el valle vió un puesto numeroso de hombres armados, parte delante de la puerta de una casa, y parte en otros cuartos bajos. Mirólos de reojo, y aunque no eran aquellas caras que vió la primera vez que vino con tanto sentimiento al castillo (y si algunas habia, las pusieron muy mudadas), sin embargo, no es explicable el disgusto que le causaron.

— ¡ Infeliz de mí ! — decia entre dientes : — hé aquí cómo se hacen las locuras. No era posible que fuese otra cosa, y yo debia presumirlo de un hombre de esta clase. Pero ¿ qué diablos querrá hacer ? ¿ Querrá declarar la guerra, ó hacerse rey ? Cuando por las circunstancias quisiera uno meterse debajo de siete estadios de tierra, este hombre busca todos los medios de llamar la atencion : parece que los quiere desafiar.

— Vea usted ahora, señor mio, — dijo Perpétua, — si hay aquí valientes que sabrán defendernos. ¡ Que vengan ahora los señores soldados ! No son estos como nuestros paletos, que sólo saben menear las piernas.

— Calla, — contestó D. Abundo con voz baja e iracunda, — calla, que no sabes lo que te dices. Pídele á Dios que los soldados estén de prisa, ó que no lleguen á saber lo que aquí pasa, y que se traía de hacer una fortaleza. ¿ No sabes tú que el oficio de los soldados es el de tomar las fortalezas ? Eso es lo que ellos quisieran. Para ellos, el dar un asalto es como ir á un banquete, porque todo lo que encuentran es para ellos, y pasan á cuchillo á toda la gente... ¡ Triste de mí ! basta ; yo veré cómo me escapo : á mí no me cogen en una batalla : eso no, á fe de Abundo.

— ¡ Vaya ! — exclamó Perpétua : si tambien usted tiene miedo porque le defienden...

Interrumpióla D. Abundo con aspereza, pero siempre con voz baja, diciendo :

— Calla, y cuidado de que á nadie le digas nada de esto : cuidado ; acuérdate que es necesario poner siempre buena cara y aprobar todo lo que se ve.

En *Malanoche* encontraron otro puesto de hombres armados á quienes, quitándose D. Abundo el sombrero, hizo una gran cortesía, diciendo en su interior : « ¡ Ay ! ¡ ay ! ¿ no lo dije yo que venía á meterme en un campamento ? » Aquí paró el carro : bajaron todos. Gratificó D. Abundo al carretero, y con sus dos compañeras tomó el camino de la cuesta, sin hablar una palabra. La vista de aquellos parajes iba despertando en su imaginacion, y mezclando con la angustia presente el recuerdo de lo que vió y experimentó en otra ocasion : é Inés, que nunca los habia visto, y que allá en su cabeza se habia formado de ellos una pintura fantástica, que siempre se le presentaba al acordarse de lo que allí habia pasado, viéndolos ahora tales cuales eran, la angustiaban de nuevo y con más fuerza aquellas dolorosas memorias.

— ¡ Ay, señor Cura ! — exclamó ; — cuando pienso que mi pobre hija ha pasado por este camino...

— ¿ Quiere usted callar, mujer sin seso ? — le dijo don Abundo al oído. — ¿ Es lugar este para hablar de semejantes cosas ? ¿ No sabéis que estamos en su casa ? Por fortuna, no hay aquí quien nos oiga ; pero si seguís hablando de esta manera...

— ¿ Cómo ? — interrumpió Inés ; — si ahora es un santo.

— Callad, — le replicó al oído D. Abundo. — ¿ Creéis que á los santos se les puede decir con franqueza todo lo que á uno se le pasa por la cabeza ? Pensad más bien en darle las gracias por los beneficios que os ha hecho.

— En esto ya estaba yo. ¿ Cree usted que no tengo crianza ?

— La crianza es el no decir las cosas que pueden desagradar, especialmente á quien no está acostumbrado á oirlas ; y persuádanse ustedes las dos de que este no es el paraje de bachillerear, ni de decir todo lo que viene á la boca. Es casa de un gran señor : ya ustedes lo saben : ya ven la gente que la rodea, y los que llegan de todas partes ; de consiguiente ¡ juicio por amor de Dios ! pesar bien las palabras, y

decir pocas, y sólo cuando haya necesidad; que en boca cerrada no entran moscas.

— Pues no es peor que usted nos esté apurando...

Iba Perpétua á continuar; pero la interrumpió D. Abundo, diciendo con voz baja: « Calla, » y se quitó al mismo tiempo el sombrero con una profunda reverencia de resultas de haber visto al caballero que bajaba la cuesta. Este tambien habia visto y conocido á D. Abundo, y se adelantaba á recibirle.

Habiéndose incorporado con él:

— Señor Cura, — le dijo, — quisiera ofrecerle mi casa en ocasion ménos triste; pero de todos modos tengo la mayor satisfaccion en poderle ser útil en alguna cosa.

— Confiado en la bondad de vueseñoría, — contestó don Abundo, — me he tomado la libertad de venir en estas desastrosas circunstancias á molestarle, y como ve vueseñoría, me he tomado igualmente la de traer otras dos personas. Esta es mi ama.

— Bien venida sea, — dijo el caballero.

— Y esta, — prosiguió D. Abundo, — es una mujer á quien vueseñoría ha hecho ya mucho bien, la madre de aquella... de aquella...

— De Lucía, — dijo Ines.

— ¡De Lucía! — exclamó el caballero, volviéndose con los ojos bajos á Ines. — ¡Mucho bien! ¡Dios mio! usted es quien me hace no poco bien viniendo aquí... á... verme... á esta casa... Sea usted muy bien venida: usted me trae la bendicion del cielo.

— Perdone vuestra señoría, — dijo Ines; — yo vengo á incomodarle...

Y acercándosele al oído, añadió:

— Y á dar á vuestra señoría las gracias.

No dejó el caballero que continuase, sino que se apresuró á pedirle noticias de Lucía, y oidas, se volvió á acompañar al castillo á los nuevos huéspedes á pesar de su ceremoniosa

resistencia. Echó Ines una mirada á D. Abundo, como para decirle: « Vea usted si yo necesito sus consejos. »

— ¿Han llegado á su feligresía? — preguntó el caballero á D. Abundo.

— No, señor, — contestó este; — mas yo no he querido aguardar á aquellos diablos. ¿Quién sabe si hubiera salido vivo de sus garras? y he venido á molestar á vueseñoría.

— Ahora, pues, anímese usted, — dijo el caballero, — que



No dejó el caballero que continuase.

está usted bien seguro. Aquí no vendrán, y si lo intentasen, sabremos recibirlos.

— Espero que no vendrán, — dijo D. Abundo; pero siento — prosiguió indicando con el dedo las montañas que cerraban el valle — que andan tambien por ese lado partidas de otra gente...

— Es verdad, interrumpió el caballero; — pero no tema usted, que todo está previsto.

— ¡Entre dos fuegos! — decia para sí D. Abundo, — ¡propiamente entre dos fuegos! ¿Dónde me he dejado conducir por dos mujeres necias? ¡Y este hombre parece que se

baña en agua rosada ! ¡ Qué gentes hay en este mundo ! ¡ Qué gentes !

Entrado en el castillo, el caballero mandó que condujesen á Ines y á Perpétua á una pieza de la parte del edificio destinada para las mujeres, que ocupaba tres de los cuatros lados del segundo patio, en la parte superior del castillo, edificada sobre un peñasco saliente aislado, y dominando un precipicio. Los hombres estaban alojados en los tramos del otro patio á derecha y á izquierda, y en el que caía á la plazuela. El cuerpo del medio, que separaba los dos patios, y daba paso de uno á otro por una vasta entrada en frente de la puerta principal, lo ocupaban parte las provisiones, y parte debia servir para depositar los efectos que llevasen los fugitivos que allí se acogiesen. En la parte destinada para los hombres habia una separacion reservada para los eclesiásticos que pudiesen llegar, y á la cual condujo el caballero en persona á D. Abundo, que fué el primero que la ocupó.

Veintitres ó veincuatro dias permanecieron nuestros fugitivos en el castillo entre un gran movimiento, y numerosa compañía, que en los primeros dias se fué aumentando considerablemente, sin que sucediera cosa alguna digna de referirse; sin embargo, no pasó quizá un dia sin que fuese necesario llamar á las armas. Eran continuos los avisos de que venian alemanes por aquí, de que se habian visto venecianos por allí, y á cada aviso de estos, enviaba el caballero exploradores, y si era menester, tomaba consigo gentes dispuestas al intento, y salia del valle por la parte donde amenazaba el peligro. Era una cosa particular ver una cuadrilla de valentones armados de piés á cabeza, mandados por un hombre sin armas. Las más veces los que causaban la alarma eran forrajeadores ó partidas que se desbandaban merodeando, y huian ántes de ser sorprendidos.

Sin embargo, en una ocasion, persiguiendo el caballero á unos cuantos de estos bandidos para enseñarles á no volver por aquellas partes, tuvo aviso de que una aldea inmediata estaba invadida y sufriendo el saqueo.

Los invasores eran Lanziquenescos de varios cuerpos que hallándose rezagados, se habian reunido, y se echaban de repente sobre los pueblos inmediatos al ejército, robando á los habitantes, y aún sacando contribuciones. Arengó el caballero á sus valientes; los puso en órden, y se dirigió á la aldea invadida.

Como llegó de improviso, los ladrones, que sólo creyeron ir al botin, viéndose sorprendidos por gente armada, abandonaron más que de prisa el saqueo, dispersándose con tanta confusion que cada uno tomó el camino por donde pudo. Persiguiólos gran trecho el caballero, hasta que, convencido de que ya no volverian, regresó con su gente al castillo. Al pasar por la aldea librada, es imponderable la alegría, los aplausos y las bendiciones con que fueron recibidos.

En el castillo, entre aquella multitud de gente advenediza y de diferente condicion, costumbres, edad y sexo, no hubo el menor disgusto. El caballero habia puesto guardias en varios puntos, encargadas de evitar cualquier disturbio, lo que ejecutaban con aquel celo y exactitud que empleaban en todas las cosas de que tenian que darle cuenta. Suplicó á los eclesiásticos y otras personas de autoridad que tambien vigilasen. Él recorria igualmente el castillo, y procuraba dejarse ver en todas partes, á pesar de que, aún en su ausencia, sólo el acordarse de que vivian en su casa, bastaba para tener á raya á todo el mundo: además de que era toda gente fugitiva, y de consiguiente inclinada en general á la tranquilidad y al sosiego; el pensar en sus casas y sus haciendas, en la suerte de parientes y amigos, expuestos al peligro, y las noticias que venian de fuera, abatiendo los ánimos, conservaban y aumentaban cada vez más semejante disposicion.

Sin embargo, habia tambien personas de genio más vivo y de carácter más firme, que trataban de pasar aquellos dias alegremente. Habian abandonado sus casas por no juzgarse con bastantes fuerzas para defenderlas; pero no por eso gustaban de llorar y suspirar por cosas que no tenian remedio.

Los que tenian dinero bajaban á comer al valle, en donde

por las circunstancias se habían establecido hosterías y tabernas provisionales. Á los que carecían de medios se les suministraba pan, sopa y vino, además de las mesas que diariamente franqueaba el señor del castillo á los que expresamente había convidado. De este número era nuestra gente.

Para no comer el pan sin ganarlo, Ines y Perpétua quisieron ser empleadas en las haciendas de tan vasta hospedería, y en esta ocupacion gastaban una gran parte del día, y el resto en conversar con amigas que habían adquirido y con D. Abundo.

Este nada tenía que hacer; sin embargo, no se fastidiaba, pues le hacía compañía el miedo. El temor de un asalto ya se le había pasado, porque por poco que reflexionase sobre esto, debía conocer que no era posible; pero la imágen del país inmediato, inundado de una y otra parte por tropas; las armas y los armados, que tenía siempre á la vista, la idea de un castillo, y el pensamiento de tantas cosas como podían suceder, le tenían en continúa zozobra, sin contar con lo que le roía las tripas la memoria de su casa. En todo el tiempo que estuvo en aquel asilo no se separó de él un momento, ni jamás puso el pié en la bajada. Su único paseo se reducía á salir á la plazuela y á dar vueltas al castillo para ver si por los derrumbaderos se encontraba alguna senda, algún paso, algo practicable para buscar un escondrijo en el caso de que hubiese alguna trapisonda. Á todos sus compañeros hacía grandes reverencias; pero hablaba con pocos, y sus coloquios más frecuentes eran con las dos mujeres. Con ellas desahogaba su corazón, á pique de que le redarguyese Perpétua y le avergonzase Ines.

En la mesa hablaba poquísimo; oía las noticias del terrible paso de las tropas, que diariamente llegaban de pueblo en pueblo, de boca en boca, ó llevadas allá arriba por alguno que desde luego quiso quedarse en su casa, y últimamente tuvo que huir tal vez apaleado, y sin haber podido salvar cosa alguna. Cada día se oía contar alguna nueva desgracia. Varios noticieros reunían todo lo que se contaba, apuraban

todas las relaciones, y luego las referían en extracto á los demas. Se disputaba sobre cuáles eran los regimientos más ladrones, y si era más perversa la infantería ó la caballería; se repetían lo ménos estropeados que era posible ciertos nombres revesados de algunos jefes, y de varios de ellos se referían las hazañas, se especificaban las marchas y las paradas, los días en que los regimientos llegaban á tal ó cual punto, y sobre todo se procuraba saber el número de los que pasaban el puente de Lecco, porque entónces se consideraban ya como fuera del país; y en efecto, se tuvo noticia de los días en que pasaron los caballos de Wallenstein, la infantería de Marrada, los caballos de Anzalt, la infantería de Malemburgo, la caballería de Montecúculi, la de Ferrari, los cuerpos de Altringer, de Furstemberg, de Colloredo, de Conti, los Croatos, y otros varios, hasta que, cuando Dios quiso, se supo haber pasado la gente de Galeazo, que era la última. En fin, con haberse alejado también el escuadrón volante de los venecianos, quedó libre todo el país á derecha y á izquierda. Ya los habitantes de los pueblos que fueron los primeros en ser invadidos y evacuados, se habían retirado del castillo, y todos los días iba saliendo gente, así como despues de un temporal de otoño se ven salir los pájaros de la frondosa copa de un grande árbol en donde hallaron su refugio.

Parece que nuestros tres viajeros fueron los últimos que se retiraron, porque así lo quiso D. Abundo, pues temía si regresaba al instante á su casa, hallar Lanziquenescos rezagados. Por más que predicó Perpétua, diciendo que cuanto más se tardase se daba mayor ocasion á que los pícaros del pueblo hiciesen lo que no hubiesen hecho los soldados, no hubo remedio; porque cuando se trataba del pellejo, siempre quedaba encima D. Abundo, ménos cuando un peligro inminente le hacía perder la cabeza.

El día señalado para marchar, dispuso el caballero que estuviese pronto en *Malanoche* un carruaje decente en que iba un surtido de ropa blanca para Ines, á quien llamó aparte á fin de entregarle un cartuchito de escudos con que

pudiese reparar el destrozo que encontrase en su casa, á pesar de que poniéndose Ines las manos al pecho, insistía, protestando que le quedaban todavía algunos de los primeros.

— ¿Cuándo veréis — le preguntó el caballero — á vuestra buena hija? Ya no me queda duda de que rogará al Señor por mí, pues le hice tanto mal. Dígale usted que se lo agradezco, y que confío en Dios que sus mismas oraciones serán tambien para ella un manantial de bendicion.

Se empeñó luégo en acompañar al coche á sus tres huéspedes. Hágase cargo el lector de cuán humildes y afectuosas serian las expresiones de gratitud de D. Abundo y los cumplimientos de Perpétua. Salieron por fin, é hicieron segun lo acordado una corta parada en casa del sastre, donde oyeron mil cosas relativas al paso de las tropas, y reducidas, como siempre, á robos, golpes, destrozos y violencias; pero allí por fortuna no se habian visto soldados.

— ¡Ah, señor Cura! — dijo el sastre, ayudando á don Abundo á subir al coche: — en letras de molde han de salir las relaciones de semejante calamidad.

Despues de un corto trecho de camino, empezaron á ver nuestros viajeros, por sus propios ojos, algo de lo que habian oido contar. Viñas destrozadas, más que si las hubiesen alcanzado la piedra y la langosta á un mismo tiempo, cortadas las cepas y arrancadas las estacas, los árboles echados al suelo, y el terreno cubierto de astillas y hojas: luégo en los pueblos, puertas quemadas, ventanas rotas, paredes derribadas, y en todas partes andrajos é inmundicia. Los tristes habitantes, unos ocupados en limpiar las casas, otros en componer lo mejor que podian puertas y ventanas, y otros en grupos lamentando su suerte, y al pasar el coche, manos tendidas á uno y otro lado pidiendo limosna.

Con semejante espectáculo, ya delante de losojos, ya en la imaginacion, y con el temor de hallar lo mismo en su casa, llegaron al pueblo, y efectivamente se encontraron con lo que recelaban.

Ines mandó poner los líos en un rincon del patiecillo que era lo ménos sucio de la casa, se puso luégo á barrerla y á reunir y arreglar lo que le habian dejado. Llamó despues á un carpintero y á un herrero para que compusiesen puertas, ventanas y cerraduras, y desenvolviendo en seguida el lienzo, y contando á solas sus escudos, exclamaba para sí:

— Á la verdad yo he nacido de piés. ¡Benditos y alabados sean para siempre el Señor y la Virgen santísima! ¡Y bendito sea tambien el tal caballero! Sí, ¡yo he nacido de piés!

D. Abundo y Perpétua entran en su casa sin necesidad de llaves. Á cada paso que adelantan en el zaguan sienten un tufo, un hedor que los rechaza. Con las manos en las narices llegan hasta la puerta de la cocina, entran de puntillas, para poner los piés en los parajes ménos sucios, entre la hedionda paja que cubre el suelo: dan una mirada en rededor, y nada encuentran entero, sino fragmentos de lo que hubo, y por todas partes tiestos y plumas de las gallinas de Perpétua, andrajos y hojas rotas y sucias de los calendarios de D. Abundo. Tambien en el fogon habia indicios de un vasto saqueo: manifestábalo la multitud de tizones apagados, grandes y pequeños, que fueron brazos de sillas, piés de mesas, trozos de puertas, postigos de ventanas, hojas de armario, banquillos y tablas de cama, y duelas del barrilito del vino que confortaba el estómago de don Abundo. Lo demas estaba convertido en ceniza y carbones, con los cuales la soldadesca, para indemnizar á los dueños, habia pintarrajeado las paredes con mamarrachos que, por sus bonetes cuadrados y vestidos talaes, figuraban ser curas, habiendo puesto su mayor cuidado en hacerlos ridículos y horribles, intento en que no podian dejar de sobresalir semejantes artistas.

— ¡Ah, cochinos! — exclamó Perpétua.

— ¡Qué canalla! — exclamó D. Abundo.

Y los dos como huyendo salieron por la puertecilla que caía al huerto. Respiraron un poco, y en seguida se dirigieron á la higuera; pero ántes de llegar vieron la tierra removida, y los dos á la vez dieron un grito. Llegados, hallaron efectiva-

mente, en lugar del muerto, la sepultura abierta. Aquí á la verdad hubo su poquito de escándalo, porque D. Abundo empezó á tomarla con Perpétua, diciendo que lo habia escandido mal; pero esta no dejó de volvérselas al cuerpo, y despues de haber gritado mucho uno y otro, se volvieron juntos refunfuñando. En todas partes encontraron poco más ó ménos los mismos destrozos. Mucho tuvieron que trabajar para hacer limpiar y desinfectar la casa; tanto más, cuanto en aquellos dias era difícil encontrar auxilio; y bastante tiempo tuvieron que estar como acampados, componiéndose lo mejor que pudieron, y renovando poco á poco puertas, muebles y utensilios con dinero que les prestó Ines.

Luégo por apéndice aquel desastre fué por algun tiempo semillero de incomodidades y disgustos; porque Perpétua, á fuerza de preguntar, inquirir y escudriñar, llegó á saber que algunos efectos de su amo, que se creyeron presa de los soldados, estaban intactos en casa de algunos vecinos del pueblo, y mortificaba sin cesar á D. Abundo, á fin de que hiciese las correspondientes reclamaciones; pero para él no era posible tocar tecla más odiosa, porque, estando sus efectos en manos de bribones, esta era justamente la clase de personas con quienes no queria chocar.

— Nada quiero saber de esas cosas — decia continuamente. — ¿Cuántas veces he de repetirlo que lo perdido perdido, y que á lo hecho pecho? ¡Bueno es que me he de ver crucificado porque me han saqueado la casa!

— Si lo digo yo, — contestaba Perpétua, — que usted se dejaria robar los ojos de la cara. Robar á los otros es pecado, pero á usted es pecado no robarle.

— ¿Quieres callar y no decir disparates? — replicaba don Abundo.

Perpétua callaba, pero no tan presto; y todo le servia despues de ocasion para volver á la carga, tanto que el pobre hombre se veia en la precision de no abrir la boca, cuando le faltaba alguna cosa de las que necesitaba, porque más de una vez le dijo:

— Vaya usted á buscarla en casa de tal, que la tiene en su poder, y que seguramente no la tendria si no diera con un hombre de estopa.

Otra cosa le inquietaba mucho más, y era el saber que pasaban diariamente soldados rezagados, como sospechó que sucederia, por lo cual estaba en continua zozobra, temiendo siempre que se presentase alguno ó algunos á su



Otra cosa le inquietaba mucho más, el saber que pasaban diariamente soldados rezagados.

puerta, que mandó componer ante todo, y que con gran cuidado tenía atrancada; pero gracias á Dios, nunca se verificó. Lo peor fué que aún no habian cesado estos temores, cuando sobrevino otro nuevo desastre.

Pero aquí dejaremos á un lado al pobre hombre, para tratar de otra cosa muy distinta, y más dolorosa que sus aprensiones privadas, incomodidades de algunos pueblos, y una calamidad pasajera.